

Hacia el amanecer de Michael Greenberg¹

Pero, ¿y dónde está el psicoanálisis?

María Inés Pérez

El verano se instala, caliente y pegajoso, en Nueva York. Alguien escribe, secamente, el inicio de este libro: “El 5 de julio de 1996 mi hija se volvió loca”. Quien lo hace, Michael Greenberg, un escritor y periodista neoyorquino, es el padre de Sally, la adolescente de quince años que se ha vuelto loca. Greenberg nos atrae a una lectura que se resiste a las interrupciones. Por ella accedemos al detallado recuento de las largas semanas de aquel verano en que su hija enloqueció, fue internada en un hospital psiquiátrico de la ciudad y pasó su convalecencia en el desvencijado departamento familiar del West Village.

Días antes de la crisis ella escribió estos versos:

Y cuando todo debería estar tranquilo
tu fuego lucha por quemar un río de sueño.
¿Por qué debería el gran aliento del Infierno besar
lo que tú ves, amor mío?²

Su padre los descubre entre los desordenados restos de la frenética producción de escritura que ella había hilvanado en los días y noches insomnes antes de la gran crisis de agitación que les puso el mundo de cabeza a él y a su segunda esposa, testigos sorprendidos de un proceso que se les hacía incomprensible. Incomprensible también para el resto de la familia: Robin, la madre de Sally que ha huido de las contaminaciones de la vida de la gran urbe para refugiarse con su nuevo marido en la vida natural de Vermont; Aaron, el hijo mayor que, de comienzo y al igual que su padre, intenta elaborar una explicación para el cambio ocurrido en su hermana atribuyéndolo a la intoxicación por drogas; Helen, la abuela viuda,

¹ Michael Greenberg, *Hacia el amanecer*, tr. Francisco Lacruz, Seix Barral, 2ª edición, Barcelona, 2009. [En inglés el original: Michael Greenberg, *Hurry Down Sunshine*, editor Ivonne E. Cárdenas, Nueva York, 2008].

² *Ibid.*, p. 12.

elegante y sociable que, con lucidez apabullante, carga la culpa por desamor en la locura de su propio hijo Steve, tío de Sally.

El libro está lleno de agudas reflexiones sobre la experiencia de la locura, rastreada en distintos momentos de la historia, en la representación que tienen de ella diversas civilizaciones, pasadas o presentes. Husmea en la literatura, en la vida de escritores prominentes como Lord Byron, Robert Lowell, Virginia Woolf o James Joyce en su lazo con su hija Lucia, o en la del músico Robert Schumann, muchos de ellos aquejados por lo que antes se llamaba “psicosis maniaco-depresiva”. El autor acusa el impacto del peso social de los diagnósticos, y encuentra un cierto alivio en que su hija haya recibido el más “actualizado” de “bipolar”, el pariente biomédico de aquél y que, por tanto, se encuentre fuera del estigma más pesado del diagnóstico maldito de “esquizofrenia”.

También se adentra en la propia vida familiar de los Greenberg con ese pariente “loco” al que llamaron “esquizoide” en los años sesenta, “borderline” en los ochenta, y “crónicamente inadaptado” como diagnóstico actual para inscribir su caso en el sistema de la seguridad social.

El autor no se detiene ante, ni se contiene con, los diagnósticos psiquiátricos cuyas inconsistencias se le aparecen con gran claridad; así, se topa con lo que considera una de las paradojas de la psiquiatría, la que consiste en identificar y diagnosticar la enfermedad mental por los pensamientos distorsionados o delirantes de los pacientes, a los que luego deja de tomar en cuenta, volviéndose indiferente a su contenido cuando se ocupa del tratamiento.

El padre vacila ante lo que se le propone como la única tabla de salvación para Sally, la terapia con dosis masivas de haloperidol para suprimir la producción de dopamina en su cerebro. A pesar de las dudas sobre su eficacia, accede a autorizar el tratamiento para poder así ganar la guerra contra la manía declarada. Con la ironía que lo caracteriza, define esto como: “una resonante victoria sobre el motín en el córtex frontal del sistema límbico cerebral”.³

Sin embargo, la victoria no es aplastante ni deja de venir acompañada por los estragos de la guerra, el padre se autoadministra los medicamentos para entender a ese alguien en que se ha convertido su hija bajo los efectos de la medicación. Comprueba así la exactitud con que Sally se describe cuando dice que se siente “como si estuviera empaquetada en hule espuma”.⁴ Su cuerpo rigidificado, sus movimientos y su pensamiento atacados por una lentitud espasmódica... todo para domar el león que lleva adentro...

Expone su extrema desesperanza cuando es testigo de la ignorancia de los psiquiatras que, a veces, es asumida como tal por los más honestos y lúcidos y, otras, es recubierta por un discurso que explica lo que subyace al diagnóstico de “Bipolar 1”, como un mero asunto de neurotransmisores que se han desorganizado.

³ *Ibid.*, p. 91.

⁴ *Ibid.*, p. 173.

Bajo su muy autoritaria superficie, percibo la resignación que se instala en muchos psiquiatras clínicos al cabo de un tiempo, bajo una apagada capa de barniz profesional: el tático, casi visible, encogimiento de hombros que dice: “Eso es todo lo que puedo hacer por usted”, que es la cruz que el psiquiatra tiene que llevar. Es fácil imaginar cuán desalentador debe de ser administrar una serie de infructuosos tratamientos que no han progresado mucho desde que el médico de lady Macbeth observara: “Esta enfermedad escapa a mis conocimientos... Ella necesita más lo divino que al médico”.⁵

Todo ello no lo exime de sentir que él y su familia terminan señalados por el equipo de salud como causantes de la enfermedad de Sally, son sospechados de tal al constituir lo que, a su vez, ha sido diagnosticada como una “familia disfuncional”. De este modo se encuentra frente al hecho de que no hay manera de escapar a la culpa en este doloroso asunto, en cualquiera de sus dos sentidos: el de lo natural por la vía de la genética y el de lo adquirido por la disfuncionalidad de las relaciones entre los suyos.

Greenberg indaga en sí mismo y no admite concesiones en sus idas y vueltas entre el sentimiento de culpa por la enfermedad de su hija, que comparte con violentas sensaciones de impotencia, exasperación y rechazo que experimenta cuando en medio de las crisis ella lo ataca con violencia, o cuando no logra detenerla en sus discursos iluminados de salvación del mundo.

Examina con espanto su atracción transferencial por la terapeuta que la trata, retrocede, pero es bastante claro para él que todo tiene que ver con que esta locura los ha unido con más fuerza de lo que antes lo estaban. No en vano Greenberg regresa varias veces a examinar la relación de Joyce y su hija Lucia y el nudo de la locura y la escritura entre ambos.

Es de remarcar el éxito editorial que ha tenido el libro de Greenberg, ha alcanzado los primeros lugares de venta tanto en su país de origen como en España, luego de ser traducido en ese país. ¿Por qué devino en un *best seller*? Este hecho merece detenerse en una observación que, no por obvia, deja de tener su importancia: la gente, en cualquier parte del mundo, sufre y padece la locura, ya sea la propia o la de otros cercanos. La manera en que el autor aborda el tema, desde lo más íntimo de la vivencia amor/odio de padre, y con un análisis que evita todo tapujo, pudor o disimulo, permite que muchos reconozcan ahí algo de lo propio y que, en lo que no, se vuelvan sensibles a esta presentación que es la de la vida misma en uno de sus lados oscuros más dolorosos. Solamente el arte ha podido hacerlo a lo largo de los siglos con tanto despliegue de humanidad, y en ese sentido el libro da buena cuenta de ello con más de un ejemplo.

O sea, el sufrimiento humano es el mismo a lo largo del tiempo y en diferentes lugares, y las preguntas que esa experiencia plantea encuentran distintos desti-

⁵ *Ibid.*, p. 175.

natarios, y aquí aparece la cuestión: pero... ¿dónde está el psicoanálisis para este caso?, ¿por qué no es uno de sus destinatarios?

Las referencias terapéuticas en el libro remiten a la psiquiatría o a la neurobiología, el psicoanálisis, salvo algún comentario sobre Winnicott o sobre Jung (en relación negativa al caso Joyce), no aparece ni como referencia terapéutica ni tampoco como horizonte posible para acercarse a develar el misterio de la experiencia de la locura.

Y esto, tratándose de finales del siglo XX, en la ciudad más a la vanguardia del imperio americano, en una familia de intelectuales y artistas de origen judío, es estridentemente llamativo. Es sabido y conocido el relegamiento del psicoanálisis dentro de las sociedades científicas, en el sistema sanitario y en la sociedad civil de los Estados Unidos de América, pero, insisto, se trata aquí de un sector que tiene marcos de referencia amplios y que evalúa la realidad desde perspectivas no ortodoxas, sorprende entonces que la referencia de sabiduría ante la locura se obtenga solamente por la vía de la historia, el arte o la filosofía, lo cual no es poca cosa sin duda alguna, pero muestra un vacío para identificar, y por lo tanto interrogar, a quienes se ocupan con todo interés y legitimidad de la locura, los analistas.

¿Será esto una cuestión de geografía, de políticas de globalización, de finitud de sistemas de pensamiento o: dónde ha quedado, o mejor aún, dónde está el psicoanálisis que desde Freud y Lacan intenta dar una respuesta, o tal vez una interlocución, al delirio agitado que, como el de Sally, propone a través de un quiebre en el lenguaje compartido, una grieta, dolorosa y cruel, en el sentido?